CORALINA



LETRA DE ANTONIO DE CIDÓN
MÚSICA DE ALEJANDRO G. BRUSTENGA

10

IMP. "LA GUTENBERG"—VALENCIA

Ilustración: VICENTE NAVARRO
Fotograbado: J. GARCÍA

CORALINA

CORALINA

ZARZUELA EN UN ACTO
PARA NIÑAS

Música de Alejandro García Brustenga

VERSO
DE
ANTONIO DE CIDÓN

Portada y ex-libris de **VICENTE NAVARRO**



VALENCIA—1912
TALLERES DE IMPRIMIR «LA GUTENBERG»
19, Salvador Giner, 19



A LAS NIÑAS

María de la Asunción Ana

y María Rosa de Cidón y Ubach

con el cariño de su tío

Antonio

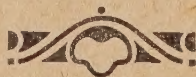
Esta obrita, representada en el Colegio de la Sagrada Familia de Valencia, en Diciembre de 1900, fin del siglo XIX, con una adaptación musical del maestro Eugenio Amorós (q. D. g.), fué reestrenada con partitura del joven é inspirado músico Alejandro García Brustenga, en el Colegio de Colón, el día 30 de Junio del año actual, y su mayor éxito, la admirable interpretación que las alumnas dieron al modestísimo trabajo de los autores, que se complacen en hacerlo así constar.

PERSONAJES

Señora Directora.
D.ª Ana. (Maestra de música).
Catalina. (Coralina).
Josefina. (Graciosa).
María.
Enriqueta.
Matilde.
Aurora.

Coro de colegialas

La acción en nuestros días.





Acto Unico

La escena en la clase de Música de un colegio de niñas, las que deberán vestir el uniforme, excepto Catalina que ha de llevar traje de luto.

Mobiliario propio del local: un piano con su taburete y bujías en los candelabros.

Al alzarse la cortina, cuando marca el preludio, aparecen todas las colegialas cantando alegremente el primer coro.

ESCENA I

Josefina, Enriqueta, Matilde, Aurora y coro de niñas.

Música

—

En vez de ir á paseo
juguemos á placer,
es el mejor recreo
que alegra nuestro ser.

—

Tejamos con abrazos
de célico candor,
los entrañables lazos
de un puro y santo amor;

—

Pues besos y sonrisas
de franca ingenuidad,
son cantos y son brisas
que arrullan nuestra edad.

—

Y la hermandad preciosa
que engendra afecto fiel,
la unión más enojosa
al bárbaro Luzbel.

—

Juguemos pues, cantemos
con infantil ardor
y juntas, ensalcemos
el nombre del Señor.

ESCENA II

Dichas y D.ª Ana

D. ANA. Contentas están ustedes,
mas parece exagerada
la alegría que rebosa
por sus ojillos.
MARÍA. Doña Ana,
el caso no es para menos.
ENRIQUETA. ¿Le parece á usted que es nada?
MATILDE. No dar clases esta tarde. (Brincando)
AURORA. Ni pintura
MARÍA. Ni gramática,
ni aritmética, ni..
D. ANA. ¡Niñas!
Si juzgase por las trazas,
yo dijera que les gusta
demasiado la vagancia,
pero, ya que lo dispuso
la Directora, ella manda:
vayan á la galería
y á jugar.
TODAS. ¡Viva Doña Ana! (Con estrépito la rodean saltando y la abrazan)
D. ANA. ¡Ay, Dios mío, que me extrujan,
locas! déjenme, ya basta.
Aquí dentro que se queden (Van yéndose las niñas, excepto las nombradas)
las que están acatarradas;
usted Aurora, y Matilde,
Enriqueta Uberuaga,
Josefina Villalonga
y María, bien sentadas,
entre tanto que yo vuelvo:
á ver si hay juicio y hay calma

y no se riñen ustedes
como ayer, que esta rapaza (Por Josefina)
se hizo un siete en el vestido.

JOSEFINA. ¿Un siete? Un ocho, Doña Ana.

D. ANA. Bueno, esténse muy formales
y hasta luego. ¡Que algazara! (Se va)

ESCENA III

Josefina, María, Enriqueta, Matilde y Aurora

AURORA. Pues señor, esta chiquilla
es lo más...
¡Miren la santa!

JOSEFINA. Que tú ¿nunca has roto un plato?
Haciendo la mojigata,
eres tú la que más sientes
estar hoy tan resfriada,
sino, allá en la galería
ya hubieses armado zambra.

AURORA. ¡Vaya, sí, que tú eres boba!

MARIA. Si se premiase á las trápalas
y revoltosas, de fijo
que os concedían medalla:

ENRIQUETA. Lo bien cierto es que esta tarde
no damos lección y hay charla.

MATILDE. Yo lo siento, en mi bordado
he de enmendar una falta.

MARIA. ¿Por qué? ¡Pues hija, si bordas
tú tan bien sobre la malla!

MATILDE. Quise hacer una azucena...

JOSEFINA. Y salió una flor de malva (Risas)
—sin duda es que presentía
que iba á estar acatarrada—

MATILDE. No es eso, pero le puse (Apurada)
hojas de más.

JOSEFINA. Las arrancas;
serán *hojas desprendidas*
del árbol... porque sobraban (Risas)

ENRIQUETA. Yo de buenas me he librado,
no sabía una palabra
de la lección.

JOSEFINA. Chica, chica,
lo que á mí me hace más gracia,
es decir, lo que me gusta,
es no bajar á Gimnasia;
dice unas cosas D. Cosme.

AURORA. ¿Cuando pasamos las barras?

JOSEFINA. Yo creo que se nos burla.

MARIA. Estaréis equivocadas.

ENRIQUETA. ¿D. Cosme? Cá, es imposible;
un señor que peina canas.

JOSEFINA. ¿Tú qué sabes si las peina,
acaso le haces la barba?

ENRIQUETA. Pero es un señor tan pulcro,
tan...

MATILDE. Sí.

JOSEFINA. Sí, que estáis en Babia:
la otra tarde estando junta
conmigo, Carmen Cafranga,
mirando, por las anillas,
subir una telaraña,
nos dijo á las dos, D. Cosme:
«Que distraidas, caramba,
estas dos van *paralelas.*» (Marcando)
Conque, más claro ni agua;
nos llamó lelas, D. Cosme. (Risas)

ENRIQUETA. No, Josefina.

AURORA. ¡Qué gracia!

MATILDE. Esta chiquilla es un rayo.

MARIA. Pues la razón le sobraba,
se llaman las paralelas
dos rectas que, prolongadas,
no pueden juntarse nunca.

AURORA. Vamos, sí, como mi gata
y el perro de mi hermanito,
que si están juntos se arañan. (Risas)

JOSEFINA. Además, es cosa antigua

esa pícara gimnasia;
yo no he de hacer Miss Leona, (Accionando)
ni títeres en la plaza (Risas)
de toros, ni pantomimas,
ni quiero romperme el alma.

ENRIQUETA. Tiene razón Villalonga,
también á mí me da rabia
y... ese D. Cosme es tan serio.

JOSEFINA. Hay veces que miedo causa:
«*Niña suba usted al potro*» (Imitando la voz)
Como quien sube á una cabra.

MARIA. Ese potro no da coces.

MATILDE Si fuese una burra blanca
que tenía un tío mío.
¡Aquélla si que era mansa! (Risas)

JOSEFINA. «*Ahora saquè usted la tripa:* (Recordándole)
Vamos á hacer una plancha.»
¡Mira qué cosa tan nueva!
Cuando Adán ya se estilaba. (Asienten todas)

MARIA. Siempre es nuevo el ejercicio
del cuerpo.

JOSEFINA. Pues que lo haga
el cuerpo de Infantería
al compás de la charanga. (Risas)

MARIA. No digas más disparates.

JOSEFINA. Gomis, si es que tú eres pánfila:
mi mamá infinitas veces
dice á papá: «Enrique, anda
vete á paseo, hijo mío,
porque hoy estamos de *plancha.*» (Marcando)

MATILDE. ¡Esa si que es ocurrencia! (Risas)

MARIA. ¡Pero Jesús!

ENRIQUETA. ¡Qué muchacha!

AURORA. Es verdad; también mi padre
le dice, si hay gente en casa,
á mi mamá, con frecuencia:
«Paz, vas á hacer una *plancha.*» (Risas)

MARIA. Si D. Cosme os escuchase
iba á hacerle poca gracia;
la suerte es que está muy lejos.

ESCENA IV

Dichas y D.ª Ana

D. ANA. Niñas, óiganme.
AURORA. ¿Qué pasa?
D. ANA. La Directora ha salido
y que lo avise me manda,
rogándoles que en su ausencia
no haya ruido ni algazara,
sino mucha compostura.
MATILDE. ¿Qué es compostura D.ª Ana?
D. ANA. Guardar orden.
JOSEFINA. A mi padre
traen la orden, de la plaza,
cuando viene el asistente
de comprar, por las mañanas.
AURORA. Y que para componernos
bien con goma, bien con pasta...
JOSEFINA. Debía tener alguna
roto, un brazo ó una pata. (Risas)
D. ANA. Cállese la bachillera.
MARIA. Si puede; es más charlatana...
ENRIQUETA. Aprovecharnos debíamos
ya que se marchó de casa
la señora Directora,
para ensayar la cantata
con que el día de su santo
hemos pensado obsequiarla.
D. ANA. Eso está bien, Enriqueta.
AURORA. Ensayémosla, D.ª Ana.
D. ANA. Si ustedes gustan, corriente,
que vengan las colegialas; (A Matilde que se va)
con tal de que tarde un rato.
JOSEFINA. A mí el canto me entusiasma;
en habiendo musiquita (Saltando y bailando)
hasta la trenza me baila.
D. ANA. Lo que ha de hacer es callarse.

JOSEFINA. Callando ¿Cómo se canta?
D. ANA. Dándole yo cuatro azotes.
JOSEFINA. Callaré como una estatua. (Queda inmóvil y con las manos sobre la boca.)

ESCENA V

Dichas, Matilde con un fajo de papeles de música y niñas del coro que salen en tropel, alegremente.

MATILDE. Aquí están ya todas las niñas
y los papeles.
D. ANA. En marcha: (Organiza los grupos y se sienta al piano cuyas bujías enciende ante la partitura.)
las contraltos á este lado
y las tiples, afinadas,
porque en el ensayo último
JOSEFINA. Parecía que tiraban
del rabo á todas.
MARIA. ¡Chiquilla!
JOSEFINA. Bueno, parecían ratas. (Risas)
AURORA. ¡Ay, mi papel está roto!
JOSEFINA. Pues toma un papel de estraza,
no sé para qué lo quieres,
si no sabes una papa.
AURORA. Más que tú
Te da lo mismo,
una nota que una nata. (Risas)
D. ANA. (Sin remedio hay que reirse
aunque una no tenga gana).
Josefina, cuidadito.
JOSEFINA. Está muy bien.
D. ANA. Preparadas.

Doña Ana se sienta al piano para acompañar el coro. Josefina á su lado sobre un taburete ó silla pequeña, con su papel que deberá leer junto á la luz de una de las bujías: las demás en dos grupos, las tiples frente á las contraltos.

Preludia el piano y á una seña de Doña Ana, entran á cantar desafinadamente: repiten la entrada bien y á los pocos compases se desconciertan con marcada estridencia, y dice

D. ANA. Pero, por Dios, hijas mías,

parecen ustedes gatas;
otra vez, y á ver si ahora
van á cantar afinadas.

Comienzan de nuevo y ajustadas y al cantar «*Mas si el fuego*», se prende el papel de Josefina en la llama de la bujía y exclama levantándose

D. ANA. ¡Niña, niña!
TODAS. ¡Fuego, fuego!
D. ANA. Señoritas, si no es nada. (Apagando el papel lleva á Josefina á uno de los grupos y vuelve al piano).
ENRIQUETA. ¡Ay, qué olor á chamusquina!
JOSEFINA. De música *achicharrata*.
D. ANA. Ya pasó todo, adelante
y á ver si por fin hoy cantan.
JOSEFINA. Y sin papel ¿cómo canto?
Dadme un papel.
MARÍA. ¡Qué pesada!
toma el mío, impertinente.
JOSEFINA. Dispense usted. (Saluda cómicamente)
D. ANA. Pero, ¿acaban?

Al fin, tras el preludio, cantan formalmente la siguiente cantata:

Música

—

Un fuego es el amor que abrasa el alma
si en el pecho se alberga anhelo impuro,
mas si el fuego es de amor cándido y puro
le da vida, calor, ventura y calma.

—

Así el nuestro, Señora, y en tal día,
él te ofrece, en retorno de tus dones
las plegarias de limpios corazones,
que á Dios piden tu paz y tu alegría.

—

Concedednos, Señor, que cuando acabe
en el mundo su empresa bienhechora,
de Dios goce la sabia Directora
si es bendito «*Enseñar al que no sabe*».

—

Y como á ella
bendícenos.

—

Entregan todas sus papeles á una niña que los saca de la escena.

D. ANA Muy bien, muy bien, señoritas,
es un primor este canto,
con esto y que no descuiden
ustedes lo del bordado,
va á quedar la Directora
contenta del agasajo:
¿Cuántas mariposas faltan (A Aurora)
en el almohadón?
AURORA. Tres.
JOSEFINA. Cuatro.
MARIA. Sí, pero lo más difícil,
que son todos los calados
del cuerno de la abundancia
y los ojos de los gansos
que han de tener gran relieve...
JOSEFINA. Y no se ven si son patos
ó si son perros de lanas. (Risas)
MARIA Lo demás ya está acabado.
D. ANA. Pero, ¿no puedes callarte? (A Josefina)
JOSEFINA. Sí, señora.
D. ANA. ¿Puedes? ¿Cuando?
JOSEFINA. Cuando duermo y cuando como.
D. ANA. ¿De veras?
ENRIQUETA. Y aún es milagro
que cierre entonces su pico.
AURORA. La que va á hacer un regalo
mejor que todas vosotras
voy á ser yo. ¿Qué apostamos? (Niegan todas)
JOSEFINA. Como el mío no: es de *búten*. (Risas)
D. ANA. De *búten* no es castellano.
JOSEFINA. Pues lo dice mi asistente.
MATILDE. Será andaluz.
JOSEFINA. Y muy guapo.
AURORA. ¿Muy guapo?
D. ANA. Eso no se dice. (A Josefina)

JOSEFINA. ¿No se llama á un hombre guapo?
D. ANA. Guapos son los corazones
si tienen virtud; los Santos
que han alcanzado la gloria
con ayunos y trabajos.
JOSEFINA. Bien está; no lo sabía.
AURORA. Yo, ¿podré llamarlo á un gato (A D. Ana)
que tengo, muy pequeñito,
con dos manchas en el rabo
y un collar, que yo le puse,
de terciopelo encarnado?
D. ANA. Eso sí, al gato le dices
si quieres, que es un encanto. (Suena un timbre)
MARIA. Ahí está ya la Directora.
ENRIQUETA. No digáis que hemos cantado. (A las niñas)
MATILDE. ¡Ay, chicas, sí; es un secreto!
D. ANA. Hasta el día de su Santo... (Signo de silencio)

ESCENA VI

Dichas, la Señora Directora y Catalina en traje de luto. La Directora quitará el sombrero á Catalina, enfregándolo á D.ª Ana que lo guarda y luego, en tanto habla se irá despojando de su mantilla.

DIRECTORA. Aquí estoy yá de regreso,
ó mejor dicho, aquí estamos.
¡Hijas mías, qué mercedes
reparte la excelsa mano!
Una nueva compañera
la Providencia os ha dado
por un suceso que asombra, (Atención general)
un rarísimo milagro
que me tiene conmovida:
Yo no sé ni cómo hablo. (Todas la miran)
Esta niña fué mi alumna
hace ya más de seis años
y hoy, sin padres, desvalida,
en el mayor desamparo,
vuelve á pisar el Colegio,

viene á entregarse en mis brazos (Extrañeza)
y á los de todas ustedes
que serán ¿como dudarlo?
más que amigas, sus hermanas,
al saber del modo extraño
como llegó hasta nosotras
este ángel infortunado. (Interés)

AURORA. Es un ángel. (A Matilde)

MATILDE. Pues la facha (A Aurora)
no es muy angélica ¿Estamos?
sin rizos y sin diadema.

AURORA. Ni alas.

JOSEFINA. ¿Te las han cortado? (A Catalina)

DIRECTORA. La historia de Catalina
es la historia de un naufragio
y si su atención me prestan,
sabrán todas el relato. (Aprobación)

ENRIQUETA. Sí, sí, cuente usted señora.

JOSEFINA. ¿Un ángel hembra? ¡Es estraño! (Pensativa)

MARIA. No interrumpas. (A Josefina)

JOSEFINA. Si se llama (A María)
Catalina, no es muchacho
y en vez de ángel será una ángela. (Risas)

DIRECTORA. Silencio y oigan el caso (Acariciando á Catalina)
mezcla de raro prodigio
y de episódio dramático.

MATILDE. Yo ya escucho.

AURORA. Ya lo creo,
todas, todas escuchamos
muy atentas.

DIRECTORA. Ella misma
con detalles va á contarlo:
ya verán qué tristes lances
y qué días tan amargos.

Música

—

Catalina, rodeada por todas, recita en el centro de la escena, lo siguiente:

CATALINA. Yo vine á este colegio
desde mi edad temprana,

la buena Directora
me daba su instrucción
y así, muy poco á poco,
al par que yo aprendía
crecía de mis padres
el goce y la ilusión.
Mi padre fué marino
y un día, por desgracia,
tuvimos que embarcarnos
mi madre y yo con él;
el cielo estaba hermoso,
la mar como un estanque
y peces y gaviotas
seguían el bajel.

—

Marchamos largo tiempo
en pós de nuevas playas,
el jefe, era mi padre,
el buque, *El Vencedor*
y siempre hácia el Oriente
el buque navegando,
por fin la tierra ansiada
miramos á estribor.
De súbito, en la noche,
los vientos se enfurecen
al piélago arrancando
su lúgubre cantar;
la luna ya no brilla
y el barco sube y baja,
del mar hasta las nubes,
del cielo hasta la mar.

—

¡Qué noche, Virgen pura,
de pánico indecible!
Mi madre y yo, de hinojos,
tiniebla en derredor
y fuera, el mar que azota,
el aire que desgaja
y el trueno que estremece
cual grito de estertor.

Culebras de brillantes
cruzando el negro espacio,
cual núncios de la muerte
que empuja el vendabal
y voces y blasfemias
con ayes y con rezos,
componen las estrofas
del canto funeral.

—

De pronto, hercúlea mano
me junta con mi madre
y en vértigo que aterra
se escucha: *¿Estáis las dos?*
después un fuerte abrazo,
un sér que desparece
y el mar que, al darle tumba,
repite: *¡Adios, adios!*
Inmenso torbellino
que inunda y quiebra el casco,
la fúria del coloso
que arranca hasta el timón
y dos séres que flotan
en las revueltas aguas,
en tanto se sumerje
la pobre embarcación.

Coro

TIPLES. ¡Ah, que horror!
por favor,
no prosigas tu historia,
nos causa pavor.
CONTRALTOS. ¡Pobre Catalina!
sigue y cuéntanos
como, al fin, lograsteis
salvaros las dos.
D. ANA. No la fatigueis.
DIRECTORA. Ya os lo contará.
CATALINA. Preparada me encuentro,
podeis escuchar.

De *El Vencedor* (Cantando)
nada quedó,
sólo restamos
mi madre y yo,
pero mi madre
desventurada,
al salva-vidas
siempre abrazada
logró llegar,
casi mortal,
á un arrecife;
era un coral,
donde estuvimos
á flor de agua
y á los tres días,
una piragua
llena de negros
nos recogió
y á tierra firme
nos devolvió. (Satisfacción general
Allí acechaba
funesta suerte,
la parca fiera,
la fría muerte,
por que mi madre,
mi dulce encanto,
rendida y yerta
presa de espanto,
á las alturas
su alma exhaló.

TODAS. ¿Qué es lo que dices? (Ansiedad)

CATALINA. Que allí murió. (Tristeza)

Coro

—

Pobre huerfanita,
niña desdichada,
no sigas penando,
cesa de llorar;
aquí tendrás madre,

hermanas seremos,
por fin has hallado
cariño y hogar.

—

Todas consternadas se agrupan solícitas á Catalina

DIRECTORA. Ya conocéis, hijas mías,
cual se cebó la desgracia
arrebatando sus padres
á esta niña infortunada;
el padre halló su sepulcro
en el fondo de las aguas
y la madre halló su tumba
en remotísimas playas,
dejándola sola y triste,
huérfana y desamparada,
á merced de unos salvajes.

MARIA. La desventura me espanta.

ENRIQUETA. Y á mí; más, no temas, niña, (A Catalina)
Dios á nadie desampara;
ya verás entre nosotras
como olvidas tu desgracia.

DIRECTORA. Dice muy bien Enriqueta,
hay un ángel de la guarda
que protege á la inocente;
él la trajo á nuestra casa
y espero que ustedes todas
se apresuren á obsequiarla
preparando á Catalina
gran merienda extraordinaria.
Vengan conmigo allá dentro,
mientras ella aquí descansa
con las otras compañeras
que hoy están acatarradas.
Hasta luego, hijitas mías:
venga usted también, doña Ana,
que Josefina, entre tanto,
la entretendrá con su charla. (Salen

ESCENA VII

Catalina, Josefina, María, Enriqueta, Matilde y Aurora

MARIA. Oyendo tus desventuras (A Catalina)
nos has dejado asombradas.
ENRIQUETA. Yo quedé como una boba.
AURORA. De pensar si á mí me pasa
lo que pasó á Catalina
me pongo toda erizada.
MATILDE. Yo lo soñaré esta noche;
veré negros y fantasmas.
JOSEFINA. Oye, chica, una pregunta: (A Catalina)
¿esos salvajes cómo andan?
CATALINA. ¿Cómo? Igual que los de Europa.
JOSEFINA. Yo creí que á cuatro patas.
MARIA. Dinos, ¿son negros de veras
ó es que se tiznan la cara?
CATALINA. No se tiñen, no, son negros;
tienen la faz muy extraña
y aunque creais que los rostros
son el espejo del alma,
no es así; los que yo digo
tienen la suya tan blanca
como la misma pureza;
si lo niego soy ingrata.
MATILDE. ¿Qué te pasó? Dilo todo.
CATALINA. Cuando mi madre adorada
expiró sobre la arena,
miré á todos y lloraban
y tras darle sepultura
entre palmeras enanas
y plátanos y aguacates,
me llevaron á su casa.
AURORA. Oye ¿vivían muy lejos?
JOSEFINA. Fuiste en tranvía ó á pata?
MATILDE. Quizás vivirían cerca.
ENRIQUETA. ¿Era calle ó era plaza?
JOSEFINA. Preguntando á un polizonte

me atrevía yo á encontrarla.

CATALINA. Allí no hay municipales.

MARIA. ¿Por qué?

CATALINA. Porque no hacen falta,
los vecinos son salvajes
y no hay policía urbana.

JOSEFINA. Como aquí; también abundan
y policía, *necuaquam*.

CATALINA. Me llevaron á una choza
hecha con trapos y cañas
y me dieron por vestido.

AURORA. ¿De cretona ó de zaraza?

CATALINA. Un miriñaque de plumas.

JOSEFINA. ¡Qué fresca irías, hermana! (Risas)

CATALINA. Y á la cabeza un penacho.

MATILDE ¿De plumas también? Caramba.

JOSEFINA. Parecerías un penco
de los de las funerarias.

CATALINA. Para el cuello unos collares
formados por varias sartas
y por adorno, en los brazos,
unas pulseras doradas
sujetas con cadenitas

JOSEFINA. Vamos, sí, por si escapabas.

CATALINA. Me hicieron cantar sus coplas
me hicieron bailar sus danzas,
dándome á probar sus guisos
y á gustar sus mezcolanzas
y me obsequiaban con frutas
que son frutas delicadas.

ENRIQUETA. ¿Cómo las de aquí?

CATALINA. Más ricas.

MARIA. ¿Cómo son?

MATILDE. ¿Cómo las llaman?

CATALINA ¿A que no aprendéis sus nombres?

AURORA. ¿Tan raros son?

CATALINA. ¿Raros? ¡Chanza!
no los aprendeis, de fijo,
estudiando una semana.

JOSEFINA. A ver, yo ya estoy curiosa.

CATALINA. Preparáos, la lista es larga...
Piña, coco, limoncillo.
AURORA. Eso abunda aquí en España.
CATALINA. Quimbombó, mamey, challota,
caquiso, bija, guayaba,
tamarindo, anón, zapote,
jobo, guanábano, jagua,
chirimoyo, gina, hicaco,
cajuil, nigua, pitajaya,
totuma, mamon, candongo, (Risas)
caimoní, maní...
MARIA. ¡Que gracia!
CATALINA. Cundeamor, mango, memiso,
lima, molondrón...
ENRIQUETA. ¡Que cáfila!
CATALINA. Aguacate, poma-rosa... (Risas)
MATILDE. Eso es una granizada.
CATALINA. Caimito, lechoza...
AURORA. ¡Chica!
CATALINA. Caguaso.
MARIA. ¡Por Dios, que guasa!
Si sigues se me indigestan.
JOSEFINA. ¡Vaya unos nombres que gastan
esos señores salvajes!
CATALINA. Pues son frutas aromáticas
muy sabrosas y muy dulces.
MARIA. Yo prefiero una naranja
ó un melón, á esos emplastos.
ENRIQUETA. Yo prefiero las granadas.
JOSEFINA. ¿De las de la artillería?
ENRIQUETA. No, mujer.
JOSEFINA. Yo, las patatas
bien fritas. (Risas)
MATILDE. Esa no es fruta.
JOSEFINA. Entonces la calabaza:
en mi huerto hay unas gordas,
gordas, y mamá las guarda,
pues dice que cuando crezca
me han de ser muy necesarias.
AURORA. Siempre tienes de las tuyas.

JOSEFINA. No te figures que es chanza;
cuando mi mamá lo dice
debe ser cosa muy práctica.

MARIA. ¿Has visto qué Josefina?

CATALINA. Es alegre y vivaracha,
quiero ser amiga suya
por ver si alegra mi alma.

JOSEFINA. Lo serás, pues ya te quiero;
para tí no hay calabazas. (Abrazándola)

ENRIQUETA. ¿Y, estuviste muchos meses
entre los salvajes?

CATALINA. ¡Vaya,
dos años!, y me querían
cual si fuera de su raza.
Pero ignorais lo más grave
—y ya mi historia se acaba—
Un día llegó un navío
de alto bordo á aquellas playas,
tripulado por ingleses.

JOSEFINA. ¿Ingleses? Les tengo rábia,
y mi papá los detesta.

CATALINA. ¿Porqué?

JOSEFINA. No le dejan calma.
Él dice que tiene tantos
como en la cabeza canas;
de ellos huye, cual de peste,
si les debe, no les paga. (Risas)

MARIA. Josefina, no desbarres.

JOSEFINA. Vé ingleses hasta en las salsas.

CATALINA. Los que yo voy refiriendo
nos llevaron, por contrata,
á dar funciones de circo
en Inglaterra y en Francia.

AURORA. ¿De modo que has hecho títeres?

CATALINA. Títeres y mojigangas;
he trabajado en trapecio,
en la cuerda y en la barra,
monté luego en bicicleta,
aprendí la zarabanda,
he cantado y he bailado.

ENRIQUETA. ¿Y has comido?
CATALINA. A temporadas;
¡otras he pasado un hambre!
JOSEFINA. Aquí se dice *carpanta.*
CATALINA. De padre y muy señor mío.
MARIA. ¡Pobre amiga!
MATILDE. ¡Infortunada!
CATALINA. Pero me ha servido mucho
lo que aprendí de gimnasia;
me ha evitado algunas zurras.
JOSEFINA. Pues señor, esta muchacha
va á lograr con sus relatos
que me dedique á hacer planchas.
MARIA. Ya ves como todo es útil,
Josefina, sin gimnasia
se hubiera visto está pobre
muchas veces apurada.
JOSEFINA. Tienes razón, me convences
y verás desde mañana:
¡ya me parece D. Cosme
la persona más simpática...!

ESCENA VIII

La Directora y D.ª Ana entran sin ser vistas de las niñas y oyen el relato de Catalina.

CATALINA. Pues hace un mes, una noche,
en una ciudad de Francia,
se me apareció la Virgen
en figura de una dama
de alma cual la de una ninfa
—si las ninfas tienen alma—
JOSEFINA. Puede que también la tengan
como los botones. (Risas)
ENRIQUETA. Calla. (A Josefina)
CATALINA. Terminaba yo en el Circo
una canción muy extraña
que me enseñaron los negros
y, por señas, una dama

me hizo acercar á su palco
y me dijo emocionada,
en español: *«Oye, niña,*
¿me comprendes?» ¡Virgen santa!
En todo mi cautiverio
no había escuchado el habla
de mis padres adorados,
el idioma de mi pátria.
Soy española, la dije
resuelta, soy valenciana,
allí nací y allí tengo
el sólo sér que me ama,
el que dirigió mis pasos
primeros. Desamparada
estoy y sola en el mundo.
«Sola no, pues Dios te ampara
y que te ayude me inspira
á que vuelvas á tu pátria».
Así me dijo, y temblando
la respondí: ¡Gracias, gracias!
Un naufragio, sin mis padres
me dejó en remotas playas
y estos negros que, aquí mismo,
cariñosos me acompañan,
me recogieron, desnuda,
triste, yerta, extenuada,
con mi madre, de un islote
de corales. Soy su esclava
por gratitud, por conciencia;
trabajo porque trabajan
y si ellos comen yo como
y canto cuando ellos cantan.
«Pues cantas muy bien, repuso,
esa canción tiene gracia
y yo haré que á mi palacio
tus protectores te traigan:
quiero volver á aplaudirte,
quiero volver á escucharla,
me gusta mucho, es muy linda
esa canción que tú cantas»

Y dándome un fuerte beso
me despidió aquella dama
de alma, cual la de una ninfa
—si las ninfas tienen alma—.

La Directora y D.ª Ana aparecen, conmovidas y estrechan á Catalina, diciendo:

DIRECTORA. ¡Gran corazón!
D. ANA. ¡Qué señora!
CATALINA. La Virgen de la Esperanza
fué para mí desde entonces:
no dormí. ¡Noche más larga!
pero soñé, sí, despierta,
soñé que me transportaban
en brazos de serafines
á mi Valencia adorada,
por entre nubes de azahares
que sus vergeles exhalan.
Soñé que se parecían
aquella mujer magnánima
y mi buena y santa madre
como dos gotas de agua
y que aquel beso de fuego,
de la Gloria lo enviaba
como prenda del rescate,
mi madrecita del alma.
D. ANA. Pero ¿volviste aún á verla?
CATALINA. ¿Y cómo, sinó, os hablara?
La ví á la siguiente noche,
me llevaron á su casa,
¡qué palacio, amigas mías!,
los negros me acompañaban
y abrían tanto sus ojos
y ponían tales caras,
que daba risa mirarles,
pasmados de las estancias.
Canté la canción bendita,
la que le hizo tanta gracia
á mi noble protectora;

me abrazó ¡cómo lloraba!
Y dirigiéndose al negro
jefe mío, ¡Virgen santa!,
me estremece recordarlo,
así le habló: «*Esta muchacha*
es vuestra y os debe mucho,
por gratitud vive esclava,
mas la compra este bolsillo
que os dono, lleno de plata;
si me la dais, todo es vuestro
y ella se queda en mi casa;
de aquí á pocos días parto,
soy rica y americana,
vuelvo á mi tierra, mas antes
la devolveré á su pátria». (Sensación.
Miré fijo, á la señora,
miré á los indios, dudaban,
me cogieron ¡Ay qué espanto!
me abrazaron con gran ánsia
y dejando allí mi precio,
del palacio de la dama
se alejaron, conmovidos,
mientras yo regué las plantas
de aquel ángel de ternura
con el raudal de mis làgrimas. (Satisfacción general.)

DIRECTORA. ¡Qué prodigio!
D. ANA. ¡Qué milagro!
AURORA. ¡Suceso de los que pasman!
JOSEFINA. ¿Y los cuartos de la bolsa?
CATALINA. Todos los gastó la dama
en mi ajuar y en una fiesta
á la Virgen sacrosanta
por mi rescate y sufragio
de aquellas dos pobres almas
que su protección, del cielo,
por tal conducto enviaban.
MATILDE. ¿Y ella te trajo á Valencia?
CATALINA. Ella misma y sin tardanza,
vinimos hasta aquí juntas;
llegamos esta mañana

y llamó á la Directora
al hotel, antes que nada,
para dejarme á su abrigo
y devolverme á estas aulas
donde pasé el memorable
tiempo feliz de la infancia.

MARIA. ¿Y los indios saltimbanquis
de qué modo te llamaban?

CATALINA. Coralina.

ENRIQUETA. ¿Coralina?

CATALINA. Un coral, sobre las aguas
me salvó y era muy propio
que su nombre me aplicaran.

JOSEFINA. Pues, señora Coralina, (Con reverencia.)
voy á pedirte una gracia.

CATALINA. Puedas pedir cuantas quieras.

JOSEFINA. Que cantes esa sonata
que ha sido el himno sublime
de tu libertad.

CATALINA. Pues, vaya...

DIRECTORA. Esperáos, antes es justo
que vengan las colegialas; (D.ª Ana va en su busca.)
quizás les gustará oirla
por lo nueva y por lo rara.

ESCENA IX

Dichas y las niñas del coro, que entran con D.ª Ana.

D. ANA. Aquí estamos ya dispuestas
á escuchar esa balada.

DIRECTORA. Principia, pues, ángel mío.

CATALINA. Con su vénia: es muy extraña.

Música

CATALINA. Macacafú, macacafú sin fú i.i.i,
chiviri, chiviri, macá.

Macacafú, macacafú sin fú i.i.i,
chíviri, chíviri, macá.

—

Vulevú se comió le pimient .o.o,
Vulevú se comió le tomat .o.o;
Vulevú se comió le alcachef .o.o,
regodé, regodé con huef.

—

Chíviri matraca, chíviri futraca,
jauja, majauja fú.
Chíviri matraca, chíviri futraca
jauja, majauja fuuú.....

—

Terminada la canción, la repite el coro, y luego ríen alborozadas.

DIRECTORA. Es delicioso ese canto.
D. ANA. Y la letra ¿es japonesa?
CATALINA. Yo que sé.
JOSEFINA. Cá, es un gazpacho.
ENRIQUETA. No se sabe lo que dice.
AURORA. Como que es un embuchado
de chino, caló, griego, ruso,
latín, vascuence y arábigo.
JOSEFINA. Vaya, sí, un pisto manchego.
CATALINA. No, no os burléis de ese canto.
D. ANA. ¡Hijita, si lo bendicen! (Acariciándola)
él la libertad te ha dado
y te ha traido á tu tierra.
DIRECTORA. Y te ha devuelto á mis brazos (Abrazándola)
para no dejarte nunca;
siempre estarás á mi lado.
MARIA. Y al nuestro; danos un beso
á todas. (La besa)
MATILDE. Venga un abrazo. } (La abrazan)
JOSEFINA. A mí dos más, Coralina. }
¿Te llamo así ó no te llamo?
AURORA. Ese nombre es muy bonito.
DIRECTORA. Fuera el más propio Milagro.
Demos infinitas gracias

al Autor de lo creado,
por la merced que nos hizo
al reintegrar al regazo
de su pátria, á Catalina,
trayéndola por su mano
y tengan todas presente
que del mundo los trabajos
son méritos para el Cielo;
como tal hay que aceptarlos
y sufrir en esta vida
contentos y resignados.

D. ANA. No hay orfandad en la tierra
para quien es buen cristiano,
pues el que pierde á sus padres
en el mundanal naufragio,
se los encuentra en la Gloria;
recuerden sino el relato
que nos hizo Catalina
y que demuestra, bien claro,
que las Bienaventuranzas
son promesas de un Dios sabio
que no es posible se engañe
porque en Él no cabe engaño.

DIRECTORA. «*Bendito todo el que llora*
porque será consolado»
dice la santa Doctrina;
no dejéis de recordarlo
y dad gracias á la Virgen
y al Señor, en tierno canto,
por la bondad que, piadosos,
con esta niña han mostrado.

MARIA. Cantemos, sí, celebremos
día tan alegre y fausto.

JOSEFINA. Desde mañana, á D. Cosme;
con lo que atendí, me escamo,
no quiera Dios que algún día
me vea yo en tal quebranto
y por no hacer ahora planchas
¡entonces sí que me plancho! (Risas)

—

Catalina, á sus lados, María y Josefina y detrás la Directora y D.ª Ana, formando grupo que rodearán las otras niñas del coro, cantando el final.

Música

La historia de Coralina
es portento extraordinario
por el que rendidas gracias
á Dios debe nuestro labio.
Démoslas humildemente
y puestas bajo su amparo
no perdamos ni un instante
la esperanza de salvarnos.

TELÓN



OBRAS DEL AUTOR

Hojas sueltas.
Una visita á Emperador.
La rosa blanca.
Fuegos fatuos
La jotica de la Maña.
De Caballería.
Embajadas de moros y cristianos.
Coralina (zarzuela).
Llibrets de falla.
Lo minsatge de les flòrs.
Lo fòch de la llár.
Asó son románsos.
A la cuarta pregunta.
0 y van 5.
Les Beates.
L' Agüela (comedia en dos actos).

EN BREVE

¡Ay Amor, cómo te han puesto! (Sainete).
Els Párvuls. (Descripció festiva).
Románs de història. (Biografía en vers del poeta Bernat y Baldoví).
Baix lo Micalet. Costums populars valencianes.


EX-LIBRIS